

Cuba, después de 1959: La Historia como ficción intelectual

Jorge Peré

En la mentalidad cínica de algunos caudillos y burócratas, el escritor Guillermo Cabrera Infante, únicamente fue enemigo de Cuba hasta que ganó el Premio Cervantes (1997). Porque si algo sabemos hacer aquí, sin escatimo, es manipular los litros de cloro que sean necesarios para blanquear la suciedad y neutralizar el hedor que deja a su paso el sectarismo ideológico. En ese menudo oficio tenemos verdaderos expertos. Gente que motivan al rebaño lo mismo a odiar y tirar huevos, que a venerar con delirio y fanatismo. Y me pregunto: ¿Hasta qué punto nuestra historia cultural no ha sido reescrita varias veces, desde diversos estilos y posturas, y no, como pretendía el también exiliado Jorge Mañach, desde una única conciencia intelectual?

Mañach, sostenía la idea de intentar leer los eventos de la Historia como se leen los pasajes más peregrinos e intensos de una buena novela. Puede que tuviera razón en su intimación, sin embargo, así como siempre evito exponerme a una mala novela, digamos, una novela escrita en primera persona del plural, donde todos los personajes se sacrifican y enfrentan el conflicto de la miseria como algo irresoluble, donde se relata con sentido didáctico y hasta profético la vida de un hombre descarriado que descrea hasta de la madre que lo trajo a este mundo, donde al final solo mueren los malos (o sea, el hombre al que aludía hace unos segundos y todos los que se le asemejan) y los llamados buenos se encaminan hacia una vida de realización altruista, podría prescindir también de la alquimia que es leer nuestra Historia más reciente. Porque a decir verdad no creo que pase de las cinco primeras páginas de lo que parece un auténtico panegírico adscrito a la estética del peor realismo socialista.

No dudo que dentro de veinte años se comience a redefinir en la oficialidad la pertinencia de algunos pilares de nuestra tradición artística y literaria. La paulatina reinención de algunos mitos podría desterrar a varios artistas y escritores sospechosamente canónicos. La sospecha, por supuesto, viene dada en la elección de los mismos. Así, en una somera revisión, podemos encontrar los métodos que practica la contrainteligencia intelectual en Cuba, que pueden ir desde la adopción geográfica hasta endilgarle un sentido distorsionado a las frases y los libros de los escritores. Nada resulta verdaderamente absurdo o exagerado frente a la maquinaria conspirativa que ha pretendido apuntalar, durante tantos años, las efigies de nuestro proyecto de Estado-Nación. Lo que refrenda las razones que tenía Descartes, cuando apuntaba su desconfianza frente a esos pueblos que han encontrado su legislación política y social después de haber construido su experiencia sobre las agitaciones de su intimidad social.

Resulta legible que Alejo Carpentier acogiera con entusiasmo la nacionalidad cubana, la cual le ofrecía un nivel de prudente legalidad dentro del país. No es secreto para nadie que Carpentier se inventó varias ficciones en torno a su sitio natal (Lausana, Suiza,

1904), que con el paso del tiempo se fue difuminando en la mitología de un escritor nómada, cuya arrogancia le condujo a intentar definir los eventos más esquivos y exuberantes de la naturaleza y la civilización caribeña y latinoamericana. A despecho de una buena cantidad de sacristanes, Carpentier es menos cubano que la escritora Anaís Nin, y estuvo marcado por la insularidad en la misma medida de Carlos Montenegro – quien también sufrió prisión en la isla– y Lino Novás Calvo. Sin embargo, el poder se encuentra más a gusto con el Carpentier comprometido, que apenas logró escribir, interrumpidamente, un par de novelas –las menos importantes de su obra– dentro de la isla, para darle publicación fuera del país.

¿Nadie ha reparado aún en que la cosmovisión carpenteriana es otra manera –sutil manera– de colonización cultural? ¿Bajo qué criterios fue autorizada la noción de “lo real maravilloso” como un síntoma indiscutible de nuestra otredad cultural? ¿Alguien se ha detenido en que la verdadera diferencia –si es que existe alguna– entre el “realismo mágico” garciamarquiano y “lo real maravilloso” carpenteriano está en los orígenes de ambas conceptualizaciones, la una latinoamericana y la otra europea? ¿A nadie se le ocurre pensar en Carpentier como en un Hernán Cortés literario? Visto así, el acto de canonizar a Carpentier es una sublime traición, por cuanto exhibe, en términos de colonialidad, la subjetividad de su pensamiento.

Otro caso, verdaderamente florido, es el de nuestro Poeta Nacional, Nicolás Guillén. Por cierto, ¿dónde sorprende la redención revolucionaria de 1959, a Guillén? El cubano hibernaba en París, en un cuartucho de alquiler, viviendo una bohemia a destiempo. Al cabo regresó a la isla y se sumó al entusiasmo político de los barbudos. Guillén, no tardó en exigir su puesto entre la aristocracia intelectual, desde donde comenzó a reproducir el más recalcitrante sectarismo ideológico. Cuando se repasan los pasajes más oscuros de las décadas del 60 y el 70, se advierte que Guillén es figura recurrente entre los censores que conforman el brazo armado de la política cultural cubana. Un indicio revelador es que, precisamente, Carpentier y el poeta fueron los únicos que pasearon a sus anchas durante el proceso de parametración ideológica, puesto en vigor para los artistas e intelectuales cubanos, después de 1968. Además, tampoco sorprende que Guillén haya escrito cada vez menos y con menor destreza; sobre todo, si se atiende a que el poeta ilustre que nunca fue, mutó en burócrata mercenario.

José Lezama Lima, quizás advirtió sus intenciones, proféticamente, primero que todos. De ahí que no le abriera las puertas de la revista *Orígenes* al poeta folclorista, situado en las antípodas del logos poético lezamiano. Pienso en este hecho con detenimiento y es como si pudiera compartir las presunciones de Lezama que acaso evitó darle cobija al que muy prontamente sería el “enemigo rumor”. Ahora, al concederle jerarquía a Guillén, el poder en realidad gestionaba la manera de desterrar la influencia burguesa – el misticismo católico y el eurocentrismo cultural– que suponía la presencia del origenismo en la sociedad cubana. Pero no debe interpretarse, por erróneo, que al consentir a Guillén el gobierno también consentía a la poética guilleniana –tendiente al negrismo y al imaginario afrocubano, tabúes para la conducción ideológica de la

Revolución–; sino que en el poeta, o más bien, en la disposición comunista del poeta, se apreciaba un perfecto comodín.

En un último despliegue de estos apuntes, quedaría la omisión editorial de una buena parte de aquella generación de escritores que publican sus primeros libros en la década inicial de la Revolución Cubana. En este espacio, emergen Jesús Díaz, Norberto Fuentes, Antonio Benítez Rojo y Reinaldo Arenas, todos (excepto Arenas) debutando con excelentes cuadernos de relatos que señalan una etapa prodigiosa en la narrativa de corto aliento en la isla. Sin embargo, con el tiempo se produce un fenómeno inesperado: la inconformidad que provoca el conflicto abierto y la ruptura con el proceso revolucionario, por parte de estos jóvenes escritores. Entonces, la emigración devino estigma de esta generación, que ponía en crisis muy tempranamente la construcción de un paradigma de escritor comprometido a ultranza con la ideología política que entronizaba el gobierno socialista.

Lo peor es que a ninguno de estos autores –en su mayoría muertos–, ni a los otros que en algún momento decidieron marcharse con o sin tensiones políticas con el gobierno revolucionario, ya no se le ha vuelto a reeditar libro alguno dentro del país. De manera que al revisar los catálogos editoriales cubanos, aparecen títulos y autores que en su momento marcaron el tono y los destinos de una época, y que ya nunca más han sido atendidos ni por la crítica ni en los espacios académicos, por causa de restricciones políticas. De esto se trata el síndrome del “estante vacío”, de varios libros alimentando una zona flotante, como espejismos en la nada. Son los Expedientes X de la literatura cubana. Intentar leer la década del 60, en ausencia de títulos como *Los años duros* (1966), *Condenados de Condado* (1966), *Celestino antes del alba* (1967) o *Tute de Reyes* (1967), supone instalarnos en los terrenos de una mala ficción, disfuncionalmente narrada por la paranoia y los intereses ideológicos, de un sistema en cuarentena literaria.

En este punto, rememoro al ensayista Raymundo Lazo, cuando admitía que los escritores no atraviesan las fronteras con sus libros debajo del brazo. Esta idea debiera tenerse en cuenta entre los amanuenses que reactualizan constantemente la ficción histórica de la intelectualidad cubana.